



taba muy debilitada entonces, y el Austria muy ocupada en sus guerras con la Prusia, logró frustrar la ambición de su hermano, dando al rey de Cerdeña una suma para indemnizarlo por la pérdida de las tierras que esperaba, y satisfaciendo al Austria con algunas consideraciones y con el ajuste del doble casamiento de Leopoldo, presunto heredero del gran ducado de Toscana, con una infanta de España, y del archiduque José con una princesa de Parma. Zanjada esta primera dificultad, colocó Carlos III en el trono de Nápoles á su hijo Fernando, excluyendo á Carlos, que era el primero por su incapacidad mental, resultado de unos ataques epilépticos que padecía; arregló la sucesión de aquel trono, llamando á él á sus dos hermanos Felipe y Luis y sus descendientes, en caso de que faltase descendencia directa de Fernando, y le cedió á éste su propia espada diciéndole: «Luis XIV, rey de Francia, dió esta espada á Felipe V vuestro abuelo: de él la he recibido y os la doy. No la saqueis nunca sino en defensa de la religion y de vuestros súbditos.» Palabras que, por buenas que fueran, no pasaban de ser una ceremonia, puesto que la persona á quien iban dirigidas, ni las comprendió entonces, ni se aprovechó de ellas en adelante. Hecho esto, y establecido un consejo de regencia para que gobernase durante la menor edad de Fernando, Carlos III se despidió de los que habian ya dejado de ser sus súbditos, y que lo vieron partir penetrados de cariñosa tristeza por los buenos

recuerdos que dejaba en aquel país. Después de una próspera travesía aportó á Barcelona, donde restituyó á los catalanes algunas de sus antiguas prerogativas, y el día 9 de Diciembre entró en Madrid. Uno de sus primeros actos fué levantar el destierro á Ensenada y su confidente Ordeñana, que tambien habia participado de la desgracia de su señor; pero dejó menguadas las esperanzas del marqués, el cual esperaba subir otra vez al ministerio. En cuanto á Farinelli, aunque se le conservó la pensión que se le habia señalado por Fernando VI, fué expulsado inmediatamente de España á la solicitud de la reina madre. Retiróse muy afectado á Bolonia, donde vivió en paz hasta la edad de setenta y ocho años, acaeciendo su muerte en 1782.

Carlos III efectuó su entrada ceremonial el día 16 de Julio de 1760; recibió el homenaje de sus súbditos, é hizo jurar por príncipe de Asturias á su segundo hijo Carlos, excluyendo al primero por la misma causa que lo hizo en Nápoles. En cuanto á los ministros, conservó á Wall y á los demas que habian servido á su hermano, excepto al conde de Valparaiso, ministro de Hacienda, en cuyo lugar puso al marqués de Esquilache, que habia servido á Carlos, por mucho tiempo en Italia; hombre honrado, y activo y no desprovisto de inteligencia, si bien en calidad de extranjero revolvió contra él los ánimos de casi todos los españoles.

CAPÍTULO VIII

Reinado de Carlos III.

Era el nuevo rey, aunque no muy sobrado de instruccion, de inteligencia fácil y de buena memoria; muy metódico, tanto para coordinar sus ideas como para distribuir sus ocupaciones, muy celoso de su autoridad, aunque sin hacer uso de ella hasta casos extremos: algo desconfiado, y con un teson á toda prueba. Manifestaba constancia en sus odios y en sus amistades; era afectuoso y benévolo, á no ser cuando creia que la expresion de sus afectos era contraria á su dignidad. Tan apegado estaba á la majestuosas exterioridades de la corona, que su carruaje no se paraba nunca, aunque tuviera que pasar sobre el cuerpo de uno de sus servidores, porque juzgaba esta detencion indecorosa para el tren de un rey. Su energía natural y su desconfianza adquirida á fuerza de desengaños, habian determinado en él un gran imperio sobre sí mismo, y héchole tener muy á raya sus sentimientos. Era piadoso hasta la supersticion, justo hasta el rigor, casto hasta la intolerancia; confió en sus ministros, pero los tuvo subordinados á su respeto; simpatizó con la Francia, pero nunca se dejó gobernar por ella. En cuanto á los ingleses, jamás los quiso bien, y ménos desde el día en que siendo rey de Nápoles, se presentó una escuadra inglesa en su puerto para imponerle perentorias con-

diciones y reducirlo á una forzada neutralidad. Mostró además mucha afición á los ejercicios corporales, y en especial á la caza, para lo que le ayudó muy bien su robusta complexion. En suma, fué mejor rey que Fernando VI; pero se le quedó inferior como hombre de sentimientos.

Entretanto la guerra de siete años habia tomado un nuevo giro: las armas inglesas y prusianas, que al principio se habian movido con desventaja, ya habian traspasado toda su desgracia á los contrarios. El rey de Prusia derrotó á los franceses en Alemania; los ingleses echaron al mar sus escuadras, y con no ménos brío obtuvieron por do quiera inmensas ventajas contra las fuerzas de Luis XV; en Alemania combinándose con las huestes de Federico II para echar al francés de los Estados de Hannover y Brunswick; en Francia bombardeando á Havre de Grace; estableciendo bloqueo sobre los puertos de Dunkerke, Brest y Tolon, y estorbando á fuerza de destrozos el desembarco proyectado en las costas de Inglaterra, so pretexto de entronizar al pretendiente en América apoderándose del Canadá, de la isla de Guadalupe y demas adyacentes, y en Africa haciéndose dueños de Gorea y del Senegal. Carlos III decidió romper la política de neutralidad que en tiempo de su antecesor se habia



seguido por nuestra parte, y tender una mano amiga á la postrada nacion francesa, estimulado á ello por sus instintos borbónicos y por la aversion con que miraba á los ingleses. Dió empuje á tal determinacion la altanería de éstos, que ufanos con las victorias adquiridas, mantenian con nosotros en tono de superioridad frecuentes disputas, escuchaban con desden nuestras reclamaciones, y molestaban mucho nuestro comercio con sus cruceros y sus contrabandos. Unase á esto el carácter un si es ó no es belicoso y poco sufrido de Carlos III, el afecto que mostraba á su familia, y hasta el interés que tenía en separarse de la prudente línea de conducta que habia seguido sin vacilar su hermano. Púsose en relaciones con los agentes de Francia, que entonces pensaba en abrir negociaciones de paz con las potencias enemigas: ellos sometieron á la aprobacion de Carlos el cuadro de proposiciones que pensaban hacer á Inglaterra, y él les prometió su cooperacion armada en caso de que fueran rehusadas por el gobierno británico. A la sazón habia acaecido en éste una gran mudanza: muerto Jorge II, le habia sucedido Jorge III; con su advenimiento se habian alterado las influencias dominantes y penetrado en los ánimos un sincero deseo de terminar aquellos trastornos: el único que sostenia con todas las fuerzas de su genio el partido favorable á la guerra, era el ministro lord Chatham, grande aborrecedor de la Francia, no ménos que su hijo el célebre Pitt lo fué, tiempo adelante, de Napoleon. Lord Chatham entorpeció los preliminares de la paz, y sabiendo la inteligencia que reinaba entre las córtes de Madrid y Versalles, pidió cuenta por medio de su embajador en aquélla del destino que se iba á dar á los preparativos militares dispuestos por Carlos III. El ministro Wall, que por más que la opinion pública lo tuviese por partidario de la Gran-Bretaña, obró en este caso segun el gusto de su rey, entretuvo á los ingleses, y entretanto las relaciones de amistad entre las dos naciones separadas por el Pirineo, fueron sancionadas por un tratado conocido con el nombre de pacto de familia, que se firmó en Versalles el día 15 de Agosto de 1761, y en el que se aseguraba entre los dos monar-

cas, Luis XV y Carlos III, una alianza ofensiva y defensiva. Así quedaron trabadas las dos naciones, de modo que el que fuera enemigo de la una lo habia de ser simultáneamente de ambas, y los tratados de paz no habian de hacerse sino por prévio concierto de una y otra. Comprendiéronse en este pacto, aunque con algunas limitaciones, el rey de Nápoles y el duque de Parma, como miembros que eran de la familia borbónica. En cuanto á España, no le corria obligacion de suministrar socorros á su aliada, sino en el caso de que interviniese en las guerras *una potencia marítima*, ó se viese aquélla atacada en su mismo territorio. Alusiones todas muy directas contra la Gran-Bretaña.

Inútil es decir, porque ya el lector lo habrá comprendido, que Carlos III, al firmar el mencionado pacto, no hizo más que sacrificar los intereses nacionales á los de familia y á sus particulares resentimientos, sin que de aquellas negociaciones debiera reportar nuestro país más que pérdidas sin ninguna ventaja.

Ciertamente, si éste hubiera sido el único acto del monarca en cuestion, no hubiera sido su recuerdo mejor para nosotros que el de Felipe IV, el cual esquilmo los recursos de sus vasallos en provecho de su pariente el emperador, con motivo de la guerra de treinta años.

Tuvo lord Chatham alguna noticia de este pacto: quiso en el primer ímpetu empezar de hecho la agresion contra nosotros apoderándose de los caudales que nos venian de América, y efectuar despues un ataque contra nuestras colonias; pero sus colegas se mostraron remisos en aprobar sus proyectos, y él, despechado, hizo dimision de su ministerio, sucediéndole en él el conde de Egremont y en la influencia el conde de Bute. Pero poco despues se hizo público lo sucedido y se justificaron las advertencias de Pitt: reanimóse la Francia; enorgullecióse el Austria; activó España sus preparativos; mediaron entre nuestro gabinete y el de Saint-James contestaciones primero evasivas y luego agrias, y por fin quedó declarada la guerra, así como tambien contra Portugal, como potencia contraria á los Borbones en cuanto se resentia del influjo británico.



Adherida España á su malhadada vecina, empeoró su propia suerte sin mejorar la ajena. Mientras el rey de Prusia mejoraba su posición por las mudanzas acaecidas en Rusia, por la derrota de los austriacos en Freyberg y por la amistad entablada en Suecia, una escuadra inglesa de veintinueve velas, al mando del almirante Pococke, condujo á la isla de Cuba catorce mil hombres de desembarco capitaneados por lord Albemarle. El gobierno español, previendo este ataque, habia enviado allá una escuadra con gente de refuerzo, y dispuesto que se aumentasen las fortificaciones de la isla, y se levantasen milicias de criollos. No fueron estos preparativos parte á impedir el logro de la expedicion inglesa: los soldados de ésta efectuaron su desembarco, se apoderaron por asalto del castillo del Morro, á pesar de la generosa resistencia que les opuso su gobernador D. Luis de Velasco, que al cabo murió heroicamente sobre la brecha con la mayor parte de la guarnicion; entraron sin grandes obstáculos, y prévia una capitulacion admisible, en la Habana, y se enseñorearon de todo el país adyacente, en la extension de ciento ochenta millas hácia el Oeste. Al mismo tiempo otra expedicion salió de las Indias Orientales, á las órdenes del general Drapper, efectuó su desembarco cerca de Manila, y ocupó uno de los arrabales de nuestra ciudad. El arzobispo, que por una singularidad que no carece de ejemplares, desempeñaba entonces interinamente funciones de capitán general de la isla, se aprestó vigorosamente á la resistencia, poniendo en armas á los indígenas, y valiéndose para contrarrestar á los agresores de cuantos recursos le suministraba su triple autoridad, civil, militar y religiosa. Todo fué en balde: los ingleses arrollaron á los indígenas que les salieron al opósito; penetraron en la ciudad, y se entregaron al pillaje por algunos dias, hasta que el arzobispo, que á la entrada del enemigo se habia encerrado en la ciudadela, propuso capitulacion, y ofreció entregar á los ingleses dos millones de duros y un libramiento de otros dos contra el tesoro de España. No fué este el único producto que reportó el vencedor de aquella empresa, pues, entre otras cosas, se apoderó de los dos navios

Maria y Santísima Trinidad, el valor de cuyas dos presas ascendia á tres millones de duros.

Débil compensacion de las dos pérdidas mencionadas fueron las ventajas obtenidas por nosotros contra Portugal. Hallábase esta nacion en un estado lastimoso de abatimiento y discordia: su ministro Pombal, imbuido en las ideas filosóficas de los enciclopedistas franceses y acérrimo enemigo de los jesuitas, cuya expulsion determinó, habia suscitado contra su persona un gran turbion de quejas y enemistades, alojándose así, por lo desavenidos que andaban el gobierno y los súbditos, la lazada que unia á éstos con la patria, y los debia excitar con generoso ardor al sostenimiento de lo creado. El ejército se hallaba sin vigor ni disciplina; el pueblo sumido en la miseria, y la capital, como otras muchas ciudades, llena de ruinas, de resultas del espantoso terremoto que sobrevino en 1755, y que, segun cuentan, se hizo sentir á distancias muy considerables de su centro de accion. En vista de estos precedentes, podian lidiar los españoles casi seguros de salir aventajados: antes de que hubiesen llegado á los portugueses auxilios de Inglaterra, entró por la misma provincia de Entre-Duero y Miño un ejército nuestro que constaba de veintidos mil hombres, bajo la conducta del marqués de Sarriá, el cual se apoderó de Braganza, Miranda y Torre de Moncorvo, á pesar de la resistencia que opuso á su marcha el paisanaje portugués, organizado en guerrillas bajo la direccion de oficiales ingleses. Llegaron los nuestros hasta la provincia de Beira, y habiendo sucedido al marqués de Sarriá en el mando de las tropas el conde de Aranda, tomaron á Almeida, despues de un sitio bastante porfiado, aunque no se alargó su duracion á más de nueve dias, quedando su guarnicion prisionera de guerra. En América vino á nuestro poder la colonia portuguesa del Sacramento, y con ella veintiseis buques ingleses que estaban al abrigo de su costa, y un gran acopio de municiones y pertrechos navales destinados á una expedicion contra Buenos-Aires, que pensaban emprender algunos aventureros ingleses y portugueses, y que quedó frustrada por la captura de estos efectos.



Pero á este punto llegaron nuestras ventajas para convertirse de aquí en adelante en pérdidas: mientras el conde de Aranda estaba ocupado en la toma de Almeida, llegaron á Inglaterra tropas auxiliares, de cuya direccion se encargó el general alemán conde de La Lippe. Este destrozó dos destacamentos españoles, contuvo el progreso de éstos, que, siendo ya la estacion avanzada y lluviosa, tuvieron que retirarse fatigados y hostilizados, casi á modo de fugitivos.

Sublevóse el patriotismo español con estos desastres, tanto más cuanto que se esperaba que el enemigo no se limitaria á lo hecho, y nos devolveria invasion por invasion cuando volviere á abrirse la campaña. Es notable el escrito que dirigieron al rey los nobles aragoneses en representacion, no sólo de su provincia, sino tambien de las de Murcia, Valencia, Cataluña y Granada, en el cual, recordando con cierto pomposo énfasis sus antiguas glorias, pedian que los pusiesen sin demora en trance de combate contra Inglaterra. Pero la pérdida de las colonias, ó á lo ménos la falta de comunicacion con ellas, habia dado tan grave golpe á nuestra riqueza, que nuestro gobierno, por muy empeñado que se hallase en la lucha, no podia ménos de desear una paz honrosa que pusiese término á sus apuros. No era ésta ménos apetecida en Francia, puesta en mayor estrecho que nosotros, y más que nosotros esquilmada á fuerza de guerras y de pésima gobernacion.

El pueblo se lamentaba en voz alta de su miseria, y clamaba por la cesacion de aquel estado de cosas; los hombres de más valor miraban con malos ojos la alianza de Alemania, y áun empezaban á sentir haberse ligado inútilmente con Carlos III por el compromiso del pacto de familia. Ambas potencias, pues, tendian á llevar á feliz terminacion aquellos disturbios, y para mayor comodidad de las negociaciones, el ministro inglés, lord Chatham, se mostraba aficionado á la paz y tibio en su amistad con los prusianos. Entabláronse tratos amistosos entre el gobierno británico y los Borbones, y dejando al Austria y á la Prusia, como más empeñadas y ménos dispuestas á ceder, que dilucidasen á solas su contienda, firmóse

el tratado de paz en Paris el dia 10 de Febrero de 1763. Hízose por parte de los Borbones paz de vencido: la Gran Bretaña obtuvo de Francia la Nueva Escocia, el Canadá, parte de Luisiana las islas Dominica, San Vicente y Tabago, el Senegal, las posesiones adquiridas en la costa de Coromandel, y otras concesiones de menor importancia. España recobró á Manila y la Habana, pero tuvo que ceder como en pago á los ingleses las Floridas y algunos terrenos sobre el Mississipi, restituir á los portugueses la colonia del Sacramento, y abandonar su derecho á la pesca en el banco de Terranova. Este fué el fruto que reportamos de aquella guerra. Austria y Prusia, viéndose aisladas una contra otra, tardaron poco en suspender las hostilidades, y en firmar el tratado de paz de Hubertsburg, por el cual no ganó ni perdió casi nada ninguna de las dos partes contratantes. Así quedó otra vez pacificada la Europa.

Don Ricardo Wall, terminado el compromiso de la guerra con ingleses y portugueses, en que habia entrado, no sabemos si por necesidad ó por conviccion, decidió dimitir el cargo que ejercia, y por el cual se habia atraído muchos odios y enemistades, ya del partido francés, que le tildaba de muy apasionado por la Inglaterra, ya de los napolitanos, que habian venido de Italia con Carlos III, y que consideraban al político irlandés como un obstáculo para su propia elevacion, ya, en fin, del pueblo mismo á quien descontentaba su calidad de extranjero. Determinado por todos estos motivos, y cansado además del trabajo que habia echado sobre sus hombros, solicitó del rey que admitiese su separacion de los negocios, y lo obtuvo en fin, no sin mucho esfuerzo ni sin tener que simular enfermedades para lograrlo. Pasó el resto de su vida en el soto de Roma, posesion real en las cercanías de Granada, y murió en 1778, despues de haber recibido muchas pruebas de la estimacion que le profesaron siempre, tanto Carlos III cuanto la mayor parte de las personas que conocieron su ameno trato. Entró tras él en el ministerio el marqués de Grimaldi, genovés de nacion, muy versado en asuntos diplomáticos, y que cuando se ex-



pidió su nombramiento se hallaba en Paris sirviendo nuestra embajada. Era Grimaldi apasionado en pro de la Francia, lo que unido á la amistad é íntima correspondencia que sostenia con el duque de Choiseul, ministro á la sazón de Luis XV, hizo que se atribuyesen á los dos gobernantes intenciones hostiles y maquinaciones ocultas contra Inglaterra: sea de ello lo que fuere, lo cierto es que la buena armonía entre esta nacion y la francesa no halló en el tratado de Paris fundamentos bastante estables, y á cada paso fué turbada por pequeñas disputas.

La política de Carlos III tendia más que nada á proteger los intereses de su familia, y en este sentido, á lo ménos, en la parte que de tales afecciones correspondia á Francia, no le iba en zaga su ministro Grimaldi, que en poco tiempo llegó á tener mucha cabida para con él. Así fué que, aún no bien cimentaba la paz, ya estuvo otra vez á pique de venir por tierra: entre Inglaterra y Francia no cabia por entonces amistad muy larga ni muy sincera, y teniendo cada cual de estas dos naciones su grupo de aliados, hallábase Europa como dividida en dos masas, cuyos movimientos vacilaban entre transacciones y disputas, figurando de una parte los Borbones trabados por medio del pacto de familia, y de otra las potencias marítimas, unidas por comunidad de intereses contra la masa borbónica. Esta se afirmó por medio de matrimonios proyectados y alianzas contraidas con más ó ménos trabajo en Alemania y en Italia; pero, circunscrita á los límites de la familia, no quiso que se le incorporase la emperatriz de Austria, que así lo habia solicitado. Entretanto, Grimaldi y Choiseul, ministros el uno en nuestra córte y el otro en la de Versalles, puestos particularmente de acuerdo y aguijados por el odio que profesaban á los ingleses, lograron que Carlos III se mostrase como arrepentido de haber ajustado la paz con éstos, y que embarazase, á fuerza de torcer el sentido de lo capitulado ó de dilatar indefinidamente lo prometido, la realizacion de las cláusulas del tratado anterior. Dicese tambien que Choiseul tuvo proyecto de destruir por mano de incendiarios los grandes acopios navales

reunidos por los ingleses en Plymouth y Portsmouth, dándole así un golpe mortal á la marina británica: proyecto indigno de un hombre de su carácter, y del cual se susurró tambien que no estaba ajeno Grimaldi. Felizmente no pudo llegar á término de ejecucion este plan, y así se ahorraron los franceses de que la historia tuviera que revelar este oprobio de sus gobernantes. Fueron tomando cuerpo las disputas entre nuestra córte y la británica; llegó el caso á punto de hacerse preparativos militares por nuestra parte; pero al cabo quedaron terminadas mejor que se esperaban estas diferencias, con gran satisfaccion de los españoles.

Otra de las causas permanentes de entorpecimiento en la máquina de nuestro gobierno era la sorda enemistad que reinaba entre Esquilache y Grimaldi, á quienes el público á su vez aborrecia de todo corazon, en especial al primero. Una de las pocas veces que estuvieron de acuerdo los dos ministros fué para tomar una medida que levantó en nuestras colonias trasatlánticas grandes rumores de descontento. Consistió esta medida en la adopcion de un plan propuesto por Carrasco, fiscal de Castilla, y muy apoyado por Choiseul y los agentes de Francia, para facilitar el comercio de importacion y exportacion en aquellas tierras, é imponer un tributo sobre ciertos licores espirituosos de que se hacia por allí considerable consumo. El objeto principal de todo este proyecto era introducir en las colonias un sistema de administracion que proporcionara más réditos al Estado, y remediar los desórdenes y malos manejos que allí se ejercian por parte de nuestros funcionarios. Fué á América para la ejecucion de lo dispuesto D. Andrés de Galvez, y por si los colonos se resistian más allá del punto de quejas inofensivas, fué enviado simultáneamente un destacamento de dos mil soldados extranjeros, á cargo de Juan de Villalba. Sucedió lo que se temia: en América fueron muy mal recibidas las providencias de nuestro gobierno; Villalba empezó por tener una disputa con el virey de Méjico, de resultas de lo cual hubo de suspenderse el pago de las tropas, con cuyo motivo éstas empezaron con murmullos y